

El Día Mundial del Medio Ambiente en Extremadura nos sirve, una vez más, para reiterar nuestra voluntad y acción decidida por la sensibilización, la protección y el uso respetuoso de la naturaleza en el marco de nuestro programa "Extremadura XXI. Acciones de desarrollo sostenible".

Las generaciones futuras, nuestros hijos y nietos, quieren leer y escuchar la voz de la naturaleza y del entendimiento de los seres humanos con ella. Para contribuir a satisfacer ese deseo y para conseguir una naturaleza accesible a todas las personas hemos querido que todos podamos soñar, cantar, leer, oír e imaginar en nuestras voces y en las de aquellas que nos aman; sólo así conseguiremos un mundo solidario en el que "lo importante es llegar todos juntos".

Para acercar la naturaleza y sensibilizar a los más jóvenes la Consejería de Agricultura y Medio Ambiente junto con la Editora Regional de Extremadura de la Consejería de Cultura han realizado la edición de los cuentos ganadores en el IV Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente Cuenta".



9178847617158571

JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Agricultura y Medio Ambiente
Consejería de Cultura



**A IGNACIO YA NO LE DAN MIEDO
LOS BICHOS**

Juan Carlos Zambrano Boza

A IGNACIO YA NO LE DAN MIEDO LOS BICHOS

© De esta edición:

JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Agricultura y Medio Ambiente

Consejería de Cultura

© Juan Carlos Zambrano Boza

© Maquetación e Ilustraciones: pura M. Larena - Mérida

I.S.B.N.: 84-7671-586-2

Depósito Legal: BA-66-2001

Impresión: *Gráfica Prim* - Badajoz. © 924 271 323



EDITORA REGIONAL DE EXTREMADURA

MÉRIDA 2000

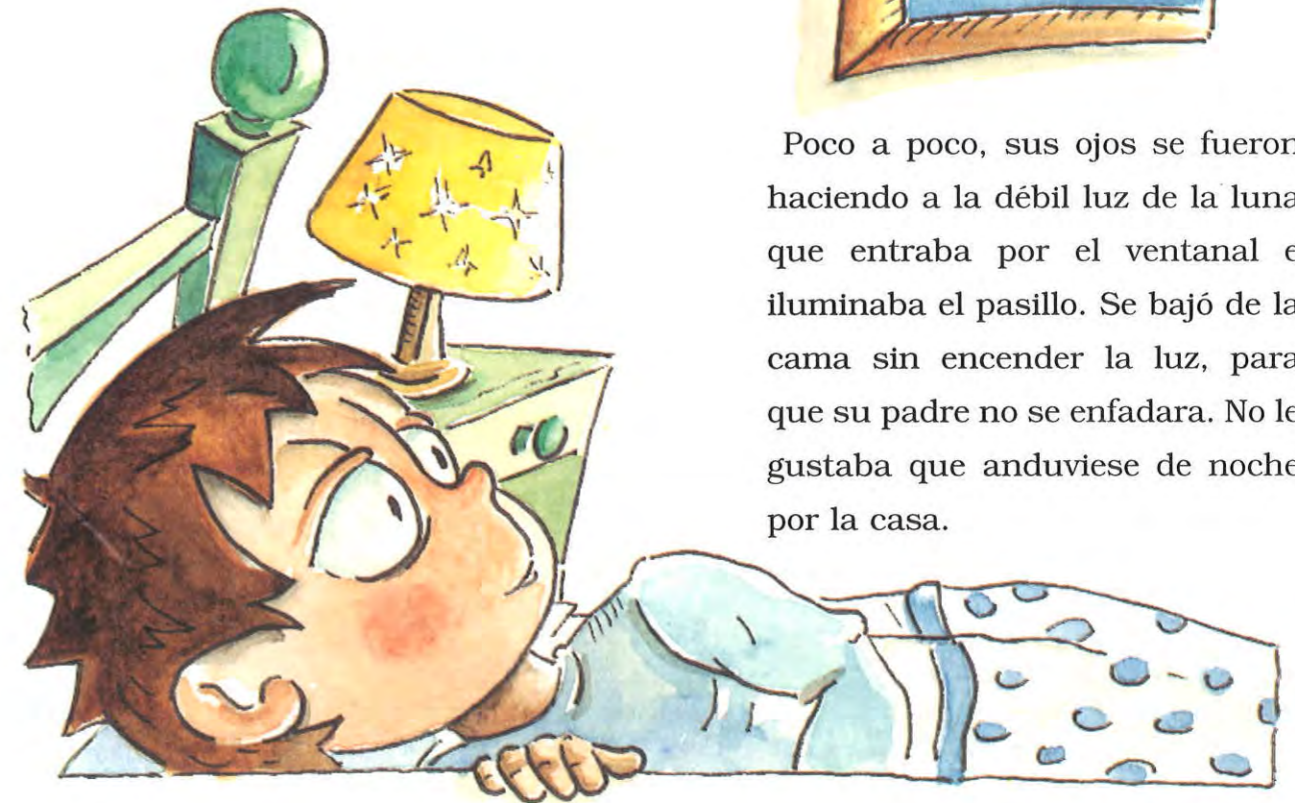
La obra *A Ignacio ya no le dan miedo los bichos* de Juan Carlos Zambrano Boza, obtuvo el primer Premio del IV Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente Cuenta" convocado por la Dirección General de Medio Ambiente de la Junta de Extremadura.

El Jurado estuvo formado por Carmen Galán como Presidenta, Carmen Sánchez como Secretaria y Elisa Luengo y Casto Iglesias como vocales.

Al principio, Ignacio sólo vio oscuridad, y tanto daba si abría los ojos o los mantenía cerrados. Sentía un poco de frío, y tanteó hasta encontrar las mantas caídas a los pies de la cama.



Poco a poco, sus ojos se fueron haciendo a la débil luz de la luna que entraba por el ventanal e iluminaba el pasillo. Se bajó de la cama sin encender la luz, para que su padre no se enfadara. No le gustaba que anduviese de noche por la casa.



Ignacio recordó la última vez que su padre se enfadó por eso, sólo tres días antes. Le castigó sin salir y, aunque luego le perdonó, todavía se acordaba bien de su cara de disgusto y de que le dijo “¡niño, me estás hartando ya!”

Ahora no lo despertaría. Sacó las zapatillas que estaban bajo la



cama y se las puso. Decidió que lo mejor sería salir al corral a jugar con la arena, y así nadie le vería.

Enfrascado en el juego, no se dio cuenta de que alguien se acercaba hasta que vio unos grandes zapatos a su lado y, al levantar la vista, un hombre enorme que casi tapaba la luna.

–Hola, ¿cómo te llamas? –le dijo el hombre con una voz que sonaba como las tormentas cuando se alejan.

Ignacio, aún paralizado por el susto, se oyó decir débilmente:

–Ignacio ¿y tú?

–Yo soy Grande, ése es mi nombre, y menos mal que tengo buen oído, porque no tienes más voz que una hormiga.

–¿Las hormigas hablan? –preguntó Ignacio, que por un momento apartó el miedo por la curiosidad.

–Pues claro, ¿cómo si no te crees que pueden hacer sus filas, ir y venir sin equivocarse?

–Es verdad.

–¿Quieres venir conmigo? –volvió a preguntar Grande.

–¿A dónde? –dijo Ignacio. Ya no tenía miedo, porque pensó que si el hombre le hubiese querido hacer daño, ya se lo habría hecho.

–A ver bichos.

-Me dan miedo.

-Lo sé, por eso.

-Vale, pero tengo que ponerme la bata, porque si no, mi madre me riñe, y dice que con el frío me pondré malo.

-No te preocupes, yo te taparé -dijo Grande, al tiempo que le cogía en brazos y daba un gran salto. Ignacio miró arriba y vio cómo las estrellas pasaban rápido, como hilos brillantes. Cuando Grande puso de nuevo los pies en el suelo, el niño se dio cuenta de que habían saltado por encima del garaje de su padre, y estaban junto a la carretera.

-A partir de ahora -dijo Grande- no hagas ruido ni hables, porque si no, todos se esconderán y no podrás verlos.

Así, en silencio, cruzaron la carretera y empezaron a andar por el campo. El niño oía cómo los grillos comentaban en tono agudo los sucesos del día, callando un momento cuando ellos se acercaban, para luego seguir sus cotilleos.

-¡Chisss! -advirtió de pronto el hombre, y añadió en voz muy muy baja- creo que la rata Tita ha salido a buscar comida. Mira, por ahí va.

Ignacio miró hacia donde señalaba el dedo, y distinguió un movimiento entre el pasto:

-¡Qué miedo! -se le escapó.

El movimiento cesó un instante, y luego se hizo frenético en sentido contrario.

-Te dije que no hablaras- le reconvino Grande, y a continuación llamó: ¡Espera, Tita!, no te asustes.

-¿Eres tú, Grande? -se oyó una vocecilla.

-Sí.

-¿Estás solo?

-No, me acompaña un amigo, un niño.

-¡Que se vaya! ¡Los niños son crueles!

-Escucha Tita -terció el hombre- él es bueno, confía en mí, quiero que os conozcáis.

-Vale, pero que no se mueva.



Instantes después, Ignacio distinguió entre la hierba una pequeña rata gris, que se acercaba zigzagueando y, de cuando en cuando, se detenía para incorporarse sobre sus patas traseras y olisquear el aire. Tita se detuvo a poco más de un metro del niño.

–Agáchate despacio y pon una mano en el suelo, con la palma hacia arriba –dijo Grande a Ignacio, y luego, dirigiéndose a la rata, indicó– Tita, sube a su mano para que podáis hablar.

La rata se acercó dubitativa a la mano temblorosa, e Ignacio pudo sentir las pequeñas uñas, primero en sus dedos, y después en la palma. La escena provocó un comentario burlón del hombre: ¡Vaya!, nunca vi tanto miedo junto en dos cuerpos tan pequeños.

Al izar la mano, Ignacio y Tita se quedaron mirando a los ojos, en silencio, hasta que el niño preguntó: ¿No me vas a morder, verdad?

–¿Y por qué te iba a morder? –replicó la rata– Además, si lo hiciera, me dejarías caer y podría romperme algo.

–Es que a las ratas o gusta morder...

–¡Ésa sí que es buena! Y, dime ¿qué os gusta a vosotros, aparte de poner trampas y venenos que nos hacen agonizar durante horas, o matarnos a palos y patadas?

–Eso es porque nos mordéis.

–Mordemos porque nos atacáis.

–Os atacamos para que no nos mordáis.

–Para que no mordamos, dejadnos en paz.

–Pero entonces...

–¡Basta ya! –intervino Grande– Estáis dando vueltas a si fue primero el huevo o la gallina –y agregó– A ver, Ignacio, ¿cuántas veces te han mordido las ratas? Y tú, Tita, ¿cuántas veces te han golpeado los niños?

–Ninguna –respondieron a coro.

Quedaron mirándose unos segundos, y se echaron a reír.

–La verdad es que, aunque un poco feo, no pareces peligroso –bromeó la rata.

–Lo mismo digo –respondió Ignacio en igual tono.

–¿Quieres decir que soy fea? –se picó Tita.

–No, que no pareces peligrosa.

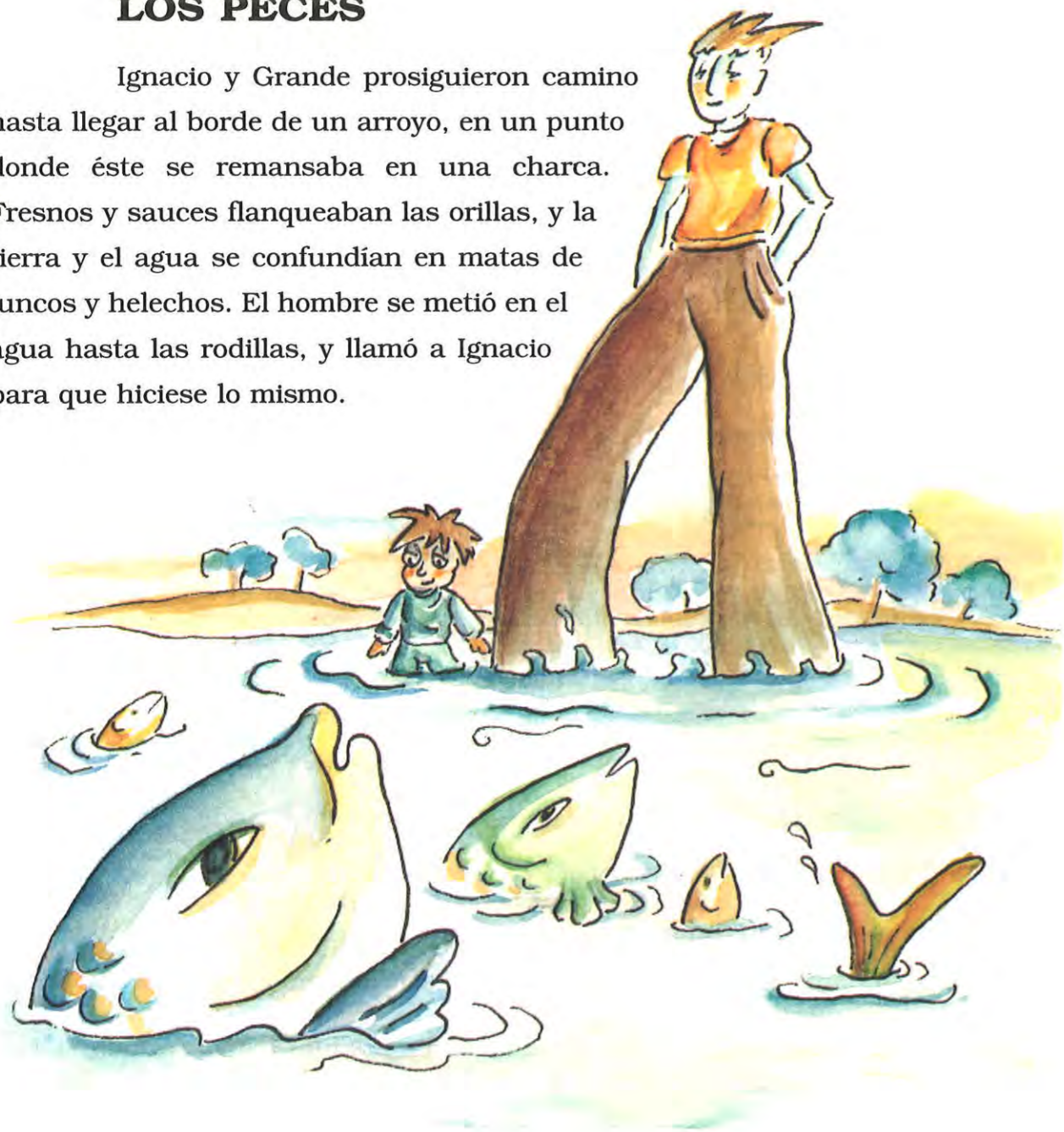
–Lamento interrumpir esta bella escena –se mofó Grande– pero tenemos que irnos, ¿quieres acompañarnos, Tita?

–No puedo, tengo que buscar algo para comer antes de que amanezca –y, dirigiéndose a Ignacio con una reverencia, agregó– me alegro de haberte conocido.

–Encantado, señora –dijo el niño respondiendo con una inclinación de cabeza.

LOS PECES

Ignacio y Grande prosiguieron camino hasta llegar al borde de un arroyo, en un punto donde éste se remansaba en una charca. Fresnos y sauces flanqueaban las orillas, y la tierra y el agua se confundían en matas de juncos y helechos. El hombre se metió en el agua hasta las rodillas, y llamó a Ignacio para que hiciese lo mismo.



-¿Está muy fría? ¿Y si me mojo el pijama?

-No te preocupes, al meterme en la charca, el agua se ha vuelto mágica y no la sentirás. Mete una mano y compruébalo.

Ignacio hizo lo que le decía, y vio, en efecto, que al sacar la mano las gotas resbalaban sin mojarle, así que entró tras el hombre hasta que el agua le llegó a la cintura. Al mismo tiempo, el reflejo de la luna en el espejo de agua empezó a romperse al surgir en la superficie multitud de puntos.

-¡Hola Grande! -saludó un coro de voces húmedas- ¿Quién es ése?

-Os presentaré, Ignacio, estos son mis amigos los peces de río; peces amigos, éste es mi amigo Ignacio.

El niño intentó contar los peces, pero era imposible, ya que las cabecitas desaparecían y aparecían de la superficie en un continuo juego. De pronto, sintió algo que le rozaba las piernas, pequeños pellizcos como de ventosas frías, y se estremeció.

-¡Algo me está atacando! -gritó asustado.

-¡Algo le está atacando! -repitieron los peces entre alarmados y divertidos.

Grande se metió rápidamente bajo el agua, para emerger segundos después, chorreando y riendo a carcajadas, entre toses atragantadas.

-¡Este chiquillo me va a matar! -dijo entre risas cuando se calmó un poco, y, dirigiéndose a los peces- ¡Y vosotros!, dejad de tirarle de los pelillos de las piernas, sinvergüenzas.

Las cabecitas empezaron a soltar risas alocadas, mientras Ignacio se sentía un poco ridículo por su miedo.

Al cesar la agitación, Grande, lanzando varias miradas a su alrededor, preguntó: ¿Y Emilio?, ¿cómo es que no ha venido?

Los peces se detuvieron de inmediato y quedaron en silencio.

-Es que... -empezó uno de ellos mirando con prevención al niño.

-Hablad -dijo el hombre- es de confianza.

-Está enfermo... muy enfermo... un hierro... un hombre... se clavó... se salvó por poco... en su boca... -se atropellaron todos.

-¿Dónde está?

-En su casa -respondió el coro.

-Iremos a verle -explicó a Ignacio, y agregó- ahora, te voy a pasar la mano por la cara, y podrás respirar bajo el agua; no te asustes, pero tampoco te despegues de mí, ¿has entendido? -Ignacio asintió- ¡Pues vamos!

El niño agarró la mano de Grande y se sumergieron. Segundos más tarde estaba buceando, muy cerca de las plantas y las piedras del fondo. Algunos animales, como pequeños cangrejos, renacuajos o gusanos, les saludaban al pasar, hasta que llegaron frente a una gran roca adornada de limo, donde el hombre se detuvo.

-¡Emilia! -llamó- soy Grande, sal.

Al momento apareció un pez, "o peza" pensó Ignacio, que, si no fuera porque eso es imposible, daba la impresión de estar llorando, incluso el niño creyó ver alguna lágrima.

-¡Ay, Grandel, menos mal que has venido; creo que Emilio se muere -sollozó Emilia.

-Vamos a ver qué le pasa.

Sin saber cómo, el niño se vio dentro de una cueva bajo la roca. Al fondo, distinguió un pez tumbado en la arena, con los ojos cerrados, que ahora abrió con esfuerzo al oírles entrar. No tenía buen aspecto.

-Hola, Grande... y compañía -saludó entre suspiros.

-¿Qué te ha pasado? -preguntó el hombre.

Emilio abrió con gesto de dolor la boca y se la señaló con una de sus aletas. En la parte de arriba se veía una herida, de la que sobresalía un brillante trozo de acero.

-Un anzuelo -habló Grande mientras el pez iba asintiendo- lo mordiste, menos mal que conseguiste romperlo; pero ¿cómo te has dejado pescar así?

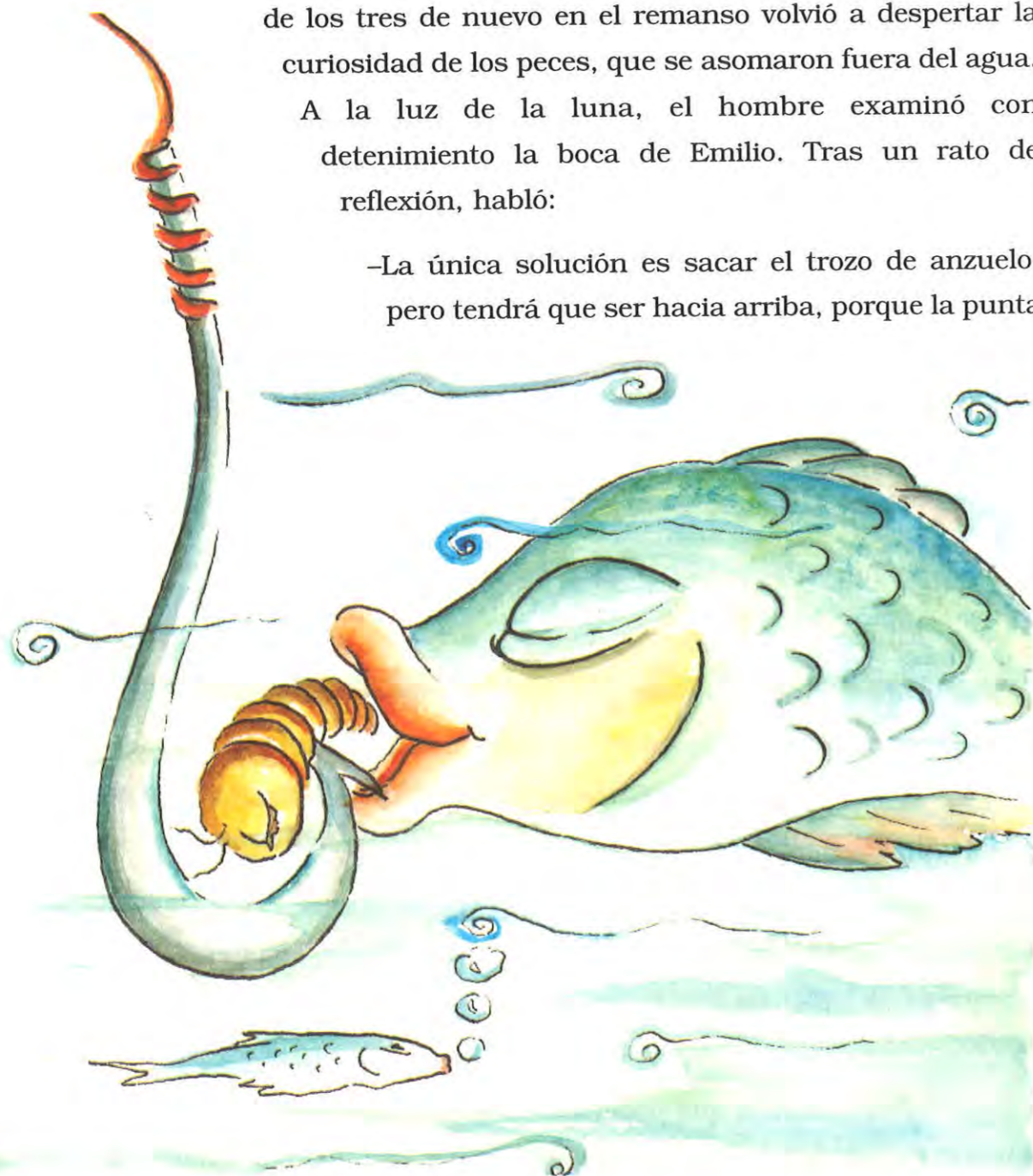
-No me irás a echar la bronca ahora, ¿verdad? -señaló Emilio-. Iba distraído, pensando en Emilín. Últimamente nos tiene preocupados, no va bien en la escuela y se ha vuelto contestón; la edad, dicen. Vi el gusano a mi lado e intenté cogerlo.

-Bien, veamos qué podemos hacer -Grande colocó el pez en la palma de su mano y salió de la cueva hacia la superficie, seguido por Ignacio. La aparición

de los tres de nuevo en el remanso volvió a despertar la curiosidad de los peces, que se asomaron fuera del agua.

A la luz de la luna, el hombre examinó con detenimiento la boca de Emilio. Tras un rato de reflexión, habló:

-La única solución es sacar el trozo de anzuelo, pero tendrá que ser hacia arriba, porque la punta



de flecha no deja que venga hacia atrás, ¿lo aguantarás? -Emilio se encogió de aletas, como diciendo "qué remedio", y asintió. El hombre, dirigiéndose ahora a Ignacio, indicó:

-Sujeta bien a Emilio mientras yo saco el anzuelo.

El niño vio cómo Grande introducía el dedo en la boca del pez y daba un brusco empujón. Tuvo que volver la cabeza al ver la afilada punta aparecer en el hocico, muy cerca de los ojos. Al mismo tiempo notó que Emilio daba una sacudida violenta, y el cuerpo se le hacía todo de reflejo de plata, para quedar luego inmóvil, relajado, como si estuviera...

-Grande -llamó el niño al hombre que ya había sacado el trozo de anzuelo, y que ahora le miró- creo que ha muerto.

Los demás peces seguían la escena en silencio, y el hombre dijo:

-Déjale suavemente en el agua.

El pez quedó en la superficie con la panza hacia arriba, y después de unos segundos que parecieron horas, empezó a mover la cola lentamente, cada vez con más fuerza, hasta volverse, sumergirse y volver a aparecer de nuevo. Un coro de voces de peces, niño y hombre, empezó a gritar con júbilo:

-¡Está vivo!, ¡se ha salvado!

Hasta que de entre las zarzas vecinas surgió un trino irritado:

-Pero, ¿qué pasa en este río?, ¿es que ya no se puede ni dormir en paz?

Menudo escándalo.

-No te enfades, pájaro Pío -contestó Grande- es que Emilio no se va a morir.

Pío saludó con un canto alegre la noticia.

-Es un jilguero, ¿verdad? -preguntó Ignacio.

-¡Anda!, ¿y tú cómo lo sabes? -se sorprendió Grande.

-Mi tío tenía uno igual en una jaula... -replicó el niño sintiéndose avergonzado a medida que hablaba.

-¡En una jaula! -repitió Pío, ahora enfadado de verdad- ¿y qué pasó? Se moriría de pena, ¿no?

-No, escapó, ... bueno, la verdad es que le dejé escapar yo.

-¡Bien hecho! ¿Sabes, Grande?, este niño empieza a caerme bien.

-Verás, no quiero que te equivoques, no le dejé escapar adrede, es que fui a ponerle la comida y olvidé cerrar la puerta. Menuda bronca me llevé.

-Da igual, el caso es que ya es libre.

Grande y los peces, que habían seguido el diálogo entre pájaro y niño en silencio, miraron ahora a Emilio, y el hombre señaló dirigiéndose al pez:

-Ahora estás unos días sin abrir la boca, que tampoco le vendrá mal a Emilia.

El pez asintió y se sumergió, aún débil, hasta su cueva. Mientras, Ignacio y el hombre se despidieron de los otros peces y salieron del agua, para internarse más hacia un pequeño cerro vecino, donde la vegetación se iba haciendo más espesa.

LOBOS Y ÁGUILAS

Apenas habían recorrido unos metros entre aulagas y jaras, cuando oyeron un fuerte silbido:

-¡Un poco más de cuidado! ¡que una lleve una vida arrastrada no quiere decir que la puedan pisar!

Ignacio miró al suelo y quedó paralizado. Una serpiente, visiblemente enfadada, erguía su cabeza y mostraba su lengua partida en dos, lanzando miradas de enojo, ora al niño, ora a su cola.

-¡Hombre! -saludó Grande- la culebra Fedra; mira, éste es mi amigo Ignacio.

-Pues vaya patoso -comentó Fedra.

-¿Me vas a matar? -dijo el niño con voz temblorosa.

-Como no sea del susto -replicó la culebra maliciosamente.

-Pero, ¿me vas a meter veneno?

-No será porque me falten ganas.

-¿Me vas a morder?

-¡Basta ya, Ignacio! -intervino el hombre- no te va a hacer nada. Y tú, Fedra, no seas tan suspicaz, no te habíamos visto.

-Pero las culebras se enroscan y pican -insistió el niño.



-¿Y tú qué harías si te pisasen la cola?
-respondió Fedra- o es que me vas a decir que nunca has mordido o pegado a nadie.

-Bueno... sí, pero nunca lo he matado.

-Yo tampoco, eso lo hacen sólo algunas compañeras en países lejanos, y cuando se les molesta mucho.

-Ignacio -habló de nuevo el hombre- no sé ya cómo decirte o hacerte entender que ningún bicho ataca si no es para comer o defenderse...

El niño meditó y luego asintió:

-Está bien, no lo olvidaré. Lo siento, Fedra, no te vi, espero no haberte hecho daño.

-No es nada. Ahora tengo que irme, que estoy muy ocupada y, además, creo que hay por ahí un búho que todavía no ha cenado. Hasta otra -se despidió la culebra para volver a internarse en los matorrales.

Ignacio y Grande continuaron andando entre encinas y alcornoques mientras el hombre decía:

-Ahora vamos a caminar un rato, y luego subiremos entre grandes pizarras, porque quiero que conozcas a algunos amigos muy especiales.

-¿Quiénes son? -preguntó el niño.

-Unos lobos, algún águila imperial, y, quizá un lince.

-¿¡Lobos!?! ¿no son peligrosos?

-Lo que son es escasos, y no por culpa suya, sino de quien los mata y encima les cuelga mala fama.

-Bien, perdona, lo he entendido.

El terreno se hizo cada vez más abrupto y escarpado, hasta el punto de que Ignacio tuvo que subir el último tramo colgado de la espalda de Grande, como una mochila. Por fin, llegaron a una explanada entre las rocas, donde apenas había algún enebro y matas aisladas de retama, y...

-¡Bartolo! ¡Zacarías! ¡Petronila! ¿estáis por ahí? -llamó el hombre.

Al momento, sobre la pizarra que remataba el pequeño llano aparecieron dos lobos.

-Mira quién ha venido -comentó uno de ellos.

Ignacio, pese a que se lo había prometido, no pudo evitar un escalofrío de miedo.

-¿Quién es ése? -preguntó el lobo que había hablado antes, señalando con una pata al niño.



-Es mi amigo -explicó Grande- por cierto, ¿dónde está Petronila?

-Dando de cenar a Luisito.

-Ya, y vosotros de marcha, ¿no?

Los lobos se rieron con un aullido, y respondieron:

-No hombre, que siempre estás igual. Hemos salido porque Pío nos dijo que quizás vinieseis. Nos ha contado lo de Emilio.

-¿Sabéis si Eulogia está en casa? -continuó Grande- quiero que Ignacio la conozca.

-¿Y para qué quiere el niño conocer a ese aguilucho antipático?

-No es un aguilucho, es una águila imperial -señaló Grande, y agregó- Pero, a ver, ¿qué te ha hecho esta vez para que hables así de ella?

-¿Que qué me ha hecho? Me cogió cerca del nido, y me clavó las uñas en el culo mientras me daba tales picotazos que llevo una semana sin poder sentarme.

-¿Y qué hacías tú cerca del nido?

-Nada -contestó evasivamente Bartolo- paseando...

-Sí, como siempre.

El comentario arrancó de los lobos una sonrisa divertida, y su colmillos ya no parecieron a Ignacio tan terribles.

-Bueno, ¿está o no está?, porque este niño tiene que volver pronto a casa.

-Creo que sí.

-Pues vamos. Hasta luego, y recuerdos a Petronila y al sinvergüenza de Luisito.

-Adiós.

Grande volvió a subir a Ignacio a su espalda, y comenzó a trepar por otra pared de piedra, hasta alcanzar un saliente. Allí les recibió Eulogia, y una algarabía de pollos gritando:

-¡Queremos comer! ¡queremos comer, maaaaaaaá!



-¡Callaos y portaos bien, niños! -ordenó el águila-. Que tenemos visita. Hechas las presentaciones, Ignacio comentó impresionado:

-No sabía que fueran tan grandes.

-Nosotros también lo seremos -contestaron los pollos a coro.

-¿Vas a ir de viaje este año? -preguntó Grande al águila.

-Creo que no, los niños son aún pequeños y, además, aquí corren menos peligro cuando empiecen a volar. Por ahí siguen colocando esos horribles cables casi invisibles, y se podrían enganchar.

-Por cierto, ¿sabes por dónde puede andar Federico?

-¿El lince? Está muy cabreado y no creo que quiera hablar con nadie. La última vez que le vi andaba por el Llano de Abajo.

-Eso queda lejos, ¿y por qué anda enfadado?

-Un imbécil ha colocado una malla rodeando su finca, junto al camino de la charca, y ya no puede pasar hacia la Sierra Alta. Ya sabes que si no puede viajar se pone histérico, acuérdate de cuando se cogió la pata en el cepo. Además, ahora, para ir a la sierra tendría que pasar demasiado cerca del pueblo, y ya sabes lo que puede significar eso...

-Lo sé -comentó pensativo el hombre- Ignacio, voy a bajarte donde los lobos, porque el trayecto es demasiado largo, y si te llevo se nos haría de día en el camino y nunca le encontraríamos. Yo veré si puedo ayudar a Federico a abrir algunos pasos en la alambrada.

EL HOMBRE-ÁRBOL

El niño quedó con los lobos, a los que ya no temía.

-¿Desde cuándo eres amigo de Grande? -preguntó Zacarías.

-Desde esta noche, ¿y vosotros?

-Desde siempre. ¿Sabes?, antes vivía en un bosque y en una casa, y...

-Se dice en una casa en el bosque -corrigió Ignacio.



-¡Mira el listillo! -se mofó Bartolo- No, vivía en un bosque y en una casa cuando era dos... ¿o es que no te has dado cuenta de que es un hombre-árbol?

-Espera, que me estoy liando -dijo el niño- ¿Qué es eso de que era dos y ahora es uno pero dos? Además, los árboles no se mueven.

-¡Qué te lo has creído! Se mueven despacio, pero se mueven.

-Entonces, ¿por qué se queman en vez de huir cuando se incendia el bosque?

-Hay veces que ni a los árboles ni a muchos animales les da tiempo, pero, además, los árboles con frecuencia se quedan para enfrentarse al fuego e intentar frenarlo, echando todo el agua hacia sus hojas, aunque eso les seque, y así salvan a otros. O se sacrifican a ver si los humanos os dais cuenta del daño que podéis hacer y ponéis medios para evitarlo.

-Entiendo, pero ¿cómo se hace un hombre-árbol? -volvió a preguntar Ignacio.

-Es muy raro, pasa en pocas ocasiones. Algunos pastores lo consiguen tomando la sustancia de la tierra por su pies, y así logran entenderse con sus animales. En este caso, fue a causa de la guerra.

-¿De qué guerra?

-¡Y yo qué sé! De una de hace mucho tiempo. Como los humanos siempre estáis metidos en guerras que ni vosotros mismos entendéis... quiero decir los humanos adultos, no los niños como tú, claro. La pena es que los niños crecen y no parecen haber aprendido nada.

-Sigue contando qué pasó con Grande.

-Verás, un hombre herido se metió en el bosque, porque otros le perseguían para matarlo. Buscaba desesperadamente un lugar donde ocultarse hasta que los otros pasaran de largo, oyendo, cada vez más cerca, los gritos y los pasos. De pronto...

-¿Qué pasó? -interrogó Ignacio removiéndose inquieto.

-Paciencia. Exhausto por la carrera y por la pérdida de sangre, se apoyó contra el tronco de una enorme encina.

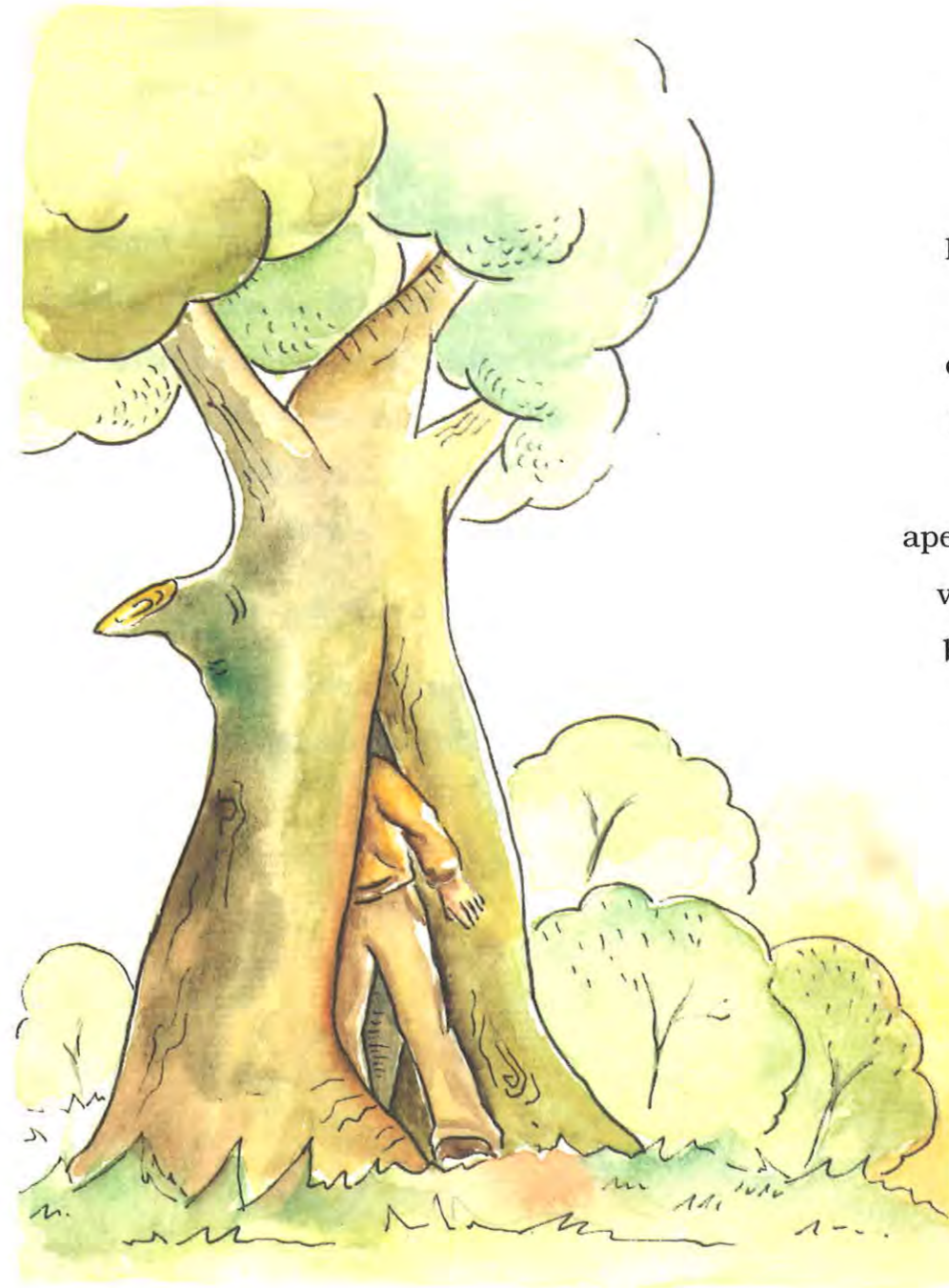
-Era un alcornoque -terció Zacarías.

-¡Tú sí que eres un alcornoque! -cortó Bartolo- Bien, da igual, el caso es que, encina o alcornoque, el hombre reparó en que una parte del tronco estaba hueca, debido a un incendio ocurrido años antes, y se metió dentro para esconderse.

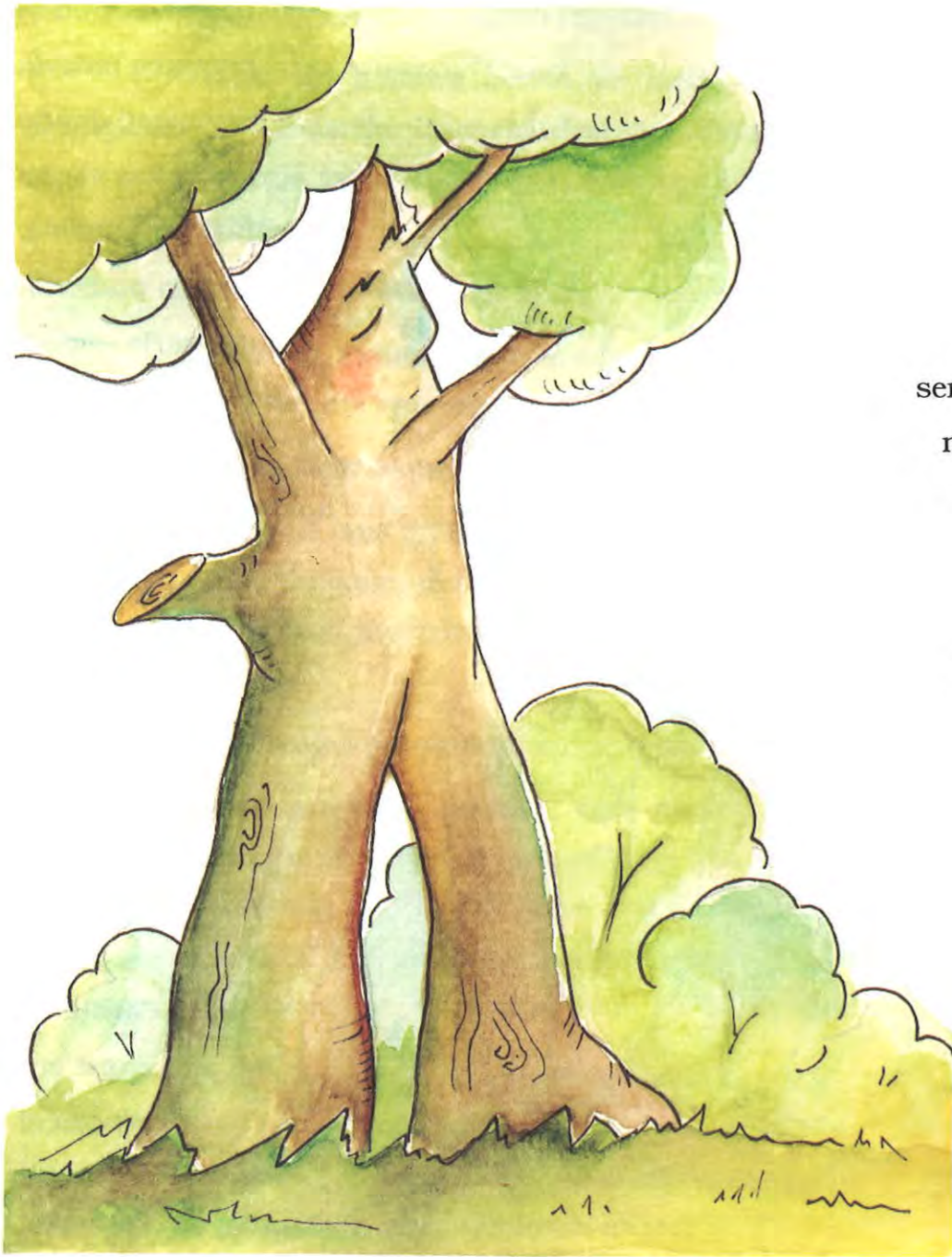
-¡Y los malos pasaron de largo! -concluyó alborozado Ignacio.

-No fue tan fácil. Además, aquí nadie sabe ni a nadie interesa saber quién era bueno y quién malo, si es que había buenos y malos; sólo era un hombre herido que intentaba sobrevivir -explicó el lobo, y continuó- El caso es que el árbol, al ver lo débil que estaba el hombre, empezó a sudar hacia el agujero del tronco su savia, de la que bebió el hombre hasta quedarse dormido.

-¿Puedo seguir yo? -intervino Zacarías- Verás, sin que el hombre lo notase, el árbol se concentró y comenzó a estirar su corteza hasta casi cerrar el hueco, al tiempo que otros árboles y arbustos vecinos, como madroños y lentiscos, se arrimaban para ocultarlo mejor.



-Los otros hombres todavía estuvieron dando vueltas varias horas, buscándole, pero no pudieron encontrarle -siguió Bartolo- mientras, el hombre herido apenas despertaba de vez en cuando para beber algo de savia y volvía a dormir. Al cabo de días o semanas, no sé exactamente, ya respuesto, se dio cuenta de que era uno con el árbol.



-¿Y no
tuvo
miedo?
-preguntó el
niño- ¿Por
qué iba a
tenerlo? Se
sentía más fuerte y
mejor. No sólo su
cuerpo se había
alimentado de
savia, sino que
su pensamiento
era parte del
pensamiento
del árbol.
Así, podía
entender el
lenguaje
de los
animales,
y sus
alegrías y

penas, y vio que ni lo uno ni lo otro eran exclusivo de los humanos, como había creído siempre. Además, ya casi ni se acordaba de la razón de la guerra, por lo que concluyó que debía ser una razón absurda o no haber ninguna razón.

-¿Y se marchó de allí?

-Nunca se fue del todo. Tras pensarlo mucho, decidió que intentaría hacer ver a humanos, animales y plantas, que son la misma cosa, y que debían ayudarse en vez de destruirse, porque ninguno podía vivir mucho sin los otros. De este modo, arrancó con esfuerzo las raíces del suelo, y empezó a ir por ahí contando lo que sabía.

-¿Y por qué vino a verme a mí?

-Porque sabe que a los adultos es muy difícil hacerles cambiar, ya que su mente utiliza prejuicios para hacer pensamientos, pero los niños aún veis las cosas como son.

EN CASA

Ignacio pensaba en lo que había oído, intentando entender cosas tan diferentes y nuevas para él, cuando Grande apareció en el llano:

-¡Aquí estoy! Creo que, de momento, Federico no tendrá problemas para ir a la sierra -explicó el hombre, o el árbol, o el hombre-árbol- ¿qué cotilleos te han estado contando estos dos?

-Nada, cosas de hombres, de árboles y de niños.

-Éso está bien, pero tenemos que irnos.

-Espera -protestó Ignacio- ¿no puedo quedarme un rato más?

-Mira -Grande señaló el horizonte, donde las estrellas iban palideciendo a medida que se anunciaba el día- es tarde, y tus padres se preocuparán mucho si despiertan y no te encuentran. Además, podrás volver cuando quieras tú solo; creo que ya estás preparado.

-Está bien -concedió el niño de mala gana. Tras despedirse de los lobos, subió a la espalda de Grande y empezaron a bajar por las rocas.

Después de tantas emociones, se sentía cansado, y empezó a quedarse dormido entre los brazos del hombre, mientras éste le hablaba:

-Te has portado muy bien, y creo que has aprendido mucho, ¿verdad Ignacio?... Ignacio...

-¡Ignacio! ¡Dios mío! ¿qué haces ahí tumbado? Vaya susto que me habías dado.

El niño abrió los ojos y vio muy cerca la cara de su madre, entre preocupada y enfadada. Miró a los lados y se dio cuenta de que estaba tumbado en el corral de su casa, junto al pozo, y que ya era de día.

-Mamá, ¿tú sabías que las hormigas pueden hablar?

-El que va a hablar va a ser tu padre como se entere de que te has levantado otra vez de noche. ¡Venga! en pie y a desayunar.

Ignacio se iba incorporando, cuando oyó un trino en lo alto de la higuera que hundía sus raíces hasta dentro del pozo, y sonrió.

-¡Hola Pío!

El jilguero levantó un ala y pasó su cabeza varias veces por debajo, en lo que Ignacio interpretó como un saludo; luego, levantó el vuelo y se marchó.



Entonces, el niño comenzó a caminar hacia la casa, dudando de si lo que recordaba había sucedido de verdad o era un sueño.

Metió las manos en el bolsillo del pijama, encogiéndose de hombros y pensó que daba igual, cuando sintió un pinchazo en uno de los dedos de su mano derecha. Al mirarse, vio como en la yema del dedo dolorido se formaba una gota de sangre. Volvió a meter la mano en el bolsillo, ahora con cuidado, y tanteó hasta encontrar lo que le había pinchado.

Al sacarlo, sonrió. Ya no tenía dudas. Sobre su palma había un pequeño trozo de anzuelo: "Emilio está bien; todo está bien", pensó.

